

PRÓLOGO

Acepto muy gustoso la invitación que me ha hecho Ginés Torres para prologar este tomo de su "Historia de Úbeda en sus documentos", no sólo porque así podré participar más de cerca en el alboroque de su triunfo, sino porque me brinda la ocasión de decir "unas pocas palabras verdaderas" (fidelidad a Don Antonio Machado) en torno a este libro y a la abundante obra del Autor. Puestos a destacar el mérito de los hombres que han ganado a pulso la medalla de oro del autodidacta, hay que llamar a Torres para que suba al podio.

En esta obra, que acaso sea la más ambiciosa de las que hasta el presente ha producido, es fácil comprobar que son precisamente los árboles los que nos dejan ver el bosque. Una fronda riquísima de documentos, protocolos, legajos y archivos, ha sido el material para los miles de datos, todos fehacientes, con los que el Cronista ha conseguido ordenar desde sus cimientos el objeto extensísimo de su investigación. Se nos muestran iglesias y conventos, altares y capillas, claustros, coros, retablos, órganos y campanas; fundaciones, legados, capitulaciones y estatutos; todo el bosque, en fin, de la historia de las instituciones de Úbeda. Si a ello añadimos que de cada uno de los datos se aporta su referencia fidedigna, la conclusión es clara: Ginés Torres es ya una autoridad en el difícil quehacer de la hitoriografía.

Vienen aquí, como anillo al dedo, algunas de las profundas reflexiones que desarrolla Ortega y Gasset en el Capítulo IV de su obra "Una interpretación de la Historia Universal. En torno a Toynbee". Según el insigne filósofo, una de las maneras en que se puede definir la ciencia histórica es entregándonos a la investigación del tiempo pasado "desde nuestra vida que es el absoluto presente; y aprovechando cuantos datos, huellas, restos, residuos y señales podamos reunir, hemos de ir reconstruyendo la serie de presentes que forman el pasado... ". "Compulsar los viejos manuscritos, papelear en los archivos, publicar una pulcra recesión de los textos antiguos. Todo esto es importantísimo, es imprescindible. Los hombres que de ello se ocupan merecen nuestra gratitud, nuestro respeto, nuestra admiración... ". Y con su bella e inimitable prosa, añade en el capítulo siguiente: " Toda historia es reviviscencia de lo que parecía muerto. Como dice patéticamente Hegel en el comienzo de su "Filosofía de la Historia", cuando dirigimos una mirada al pasado, lo primero que vemos es sólo ruinas. Estas ruinas -sigue el gran Filósofo español-, son los datos, el material que necesitamos reanimar, y para eso es preciso que seamos capaces de volver a vivir por nuestra cuenta esas vidas antiguas que se desvanecieron... "

Justo es reconocer, una vez más, los valores humanos de este investigador, Cronista Oficial de Sabiote y Torreperogil, que, ahora ya, en la plenitud de su vida, continúa trabajando en el mismo modesto atril sobre el que se inclina incansablemente desde hace medio siglo. Ajeno a las monedas, a las medallas y a los títulos, sin otra licenciatura que la de la escuela primaria, en cuyo recuerdo se recrea, ha conseguido no sólo interpretar con éxito la partitura de su propio entusiasmo, sino obedecer fielmente a la batuta del maestro de todos los historiadores, D. Ramón Menéndez Pidal, cuando en su libro "Los españoles en la historia", dice "es necesidad actual de la historia aplicarse a remediar toda clase de descuidos anteriores, descubriendo y trayendo a la luz aquellas zonas pretéritas que están olvidadas, zonas cuya iluminación proyecte reflejos del pasado sobre el presente".

Para los que conocemos al autor desde en sus primeros trabajos, comenzó a bucear por los veneros de la historia de Sabiote, resulta casi inevitable y muy grata la tentación de emparejar sus dos aficiones más entrañables: la agricultura y la investigación histórica. Él no podrá extrañarse de esta ocurrencia del prologuista, porque en aquellos años ya se advertía su tendencia a cultivar la historiografía como si se tratase de un campo de pan llevar. El lector podrá comprobar también que este viejo amigo de los barbechos, cuando en ristra la pluma consigue abrir limpiamente una besana. Tras la simienza, intercala en el laboreo amenas y sorprendentes aventuras de abeja, y cuando llega la hora, su cosecha nos ofrece estos libros para que, cuantos hoy y mañana sientan el tirón de desbrozar los caminos de la historia de Úbeda, tengan garantizada la seguridad de encontrar bien ordenado el gavillar donde desde antaño tanta maleza hubo.

Juan Rodríguez Aranda